



A partir de ahora si ve usted un periodista sin oreja no vaya a creer que se trata de un seguidor de Paul Getty; se trata simplemente de un periodista que se ha tomado en serio lo de la apertura y ha denunciado cualquier chanchullo de cualquier apasionado con navaja. Recientemente en Barcelona se ha formado una escuela doctrinal de desorejadores. Días pasados durante una rueda de prensa montada para salir en defensa del concejal señor Espona que ha llegado a la fama por el asunto de la escalera de la barcelonesa calle Mercedes fue lanzada la innovación filosófico-política de dejar sin orejas y sin narices a todo periodista que intente meterlas donde no le importe según criterio de sus fundadores.

Pobre destino en verdad el de los periodistas españoles de esta época. El periodismo es ciertamente una profesión arriesgada. Pero en otros países le cabe al escritor aunque sea una muerte rara: periodistas que mueren ametrallados con la cámara al hombro en las trincheras de una guerra exótica, corresponsales rubios y brillantes que se estrellan en la jungla llena de anima-



PERIODISTAS SIN OREJAS

les buscando guerrilleros barbudos con la mochila repleta de libros sobre estructuralismo, escritores que cierran su biografía devorados por un tigre en las selvas africanas, reporteros que consiguen mandar a Nixon a casa para que pueda dedicarse full time a la noble tarea de capturar ranas contemplando la puesta de sol en el Pacífico, cronistas lúcidos que husmean en los pudrieros de la sociedad y sacan los calzoncillos sucios del senador a la luz pública.

Hasta ahora el destino del periodista es-

pañol era morir de viejo en la cama y con los santos sacramentos e incluso con la bendición apostólica de Su Santidad que los familiares para alargar la esquila habían previsto mediante un modesto óbolo. Lo cual es una muerte perfectamente tonta y honorable sin gloria ni nada. Pero ahora la cosa con esto de la apertura se está animando un poco. Todo es cuestión de empezar. De momento sobre el periodismo progresista español pende la amenaza cierta de quedarse sin oreja. Usted se mete con un señor importante que tenga mala uva y una navaja y en un descuido a la vuelta de la esquina una noche le sale un guerrillero de treinta años pero que aún está en tercero de bachillerato y le rebana el pámpano. Desde luego para un periodista español es poco glorioso pasarse toda la vida con un esparadrapo en el occipital por haberlo metido con oreja donde al parecer no se debe. Pero algo es algo. Es mejor eso que morir de fiebre tuberculosa en el riñón después de pasar una vida corrigiendo telegramas.

VICENT

